

SADIE MATTHEWS

*Fuego en  
la oscuridad*

punto de fuga

Sadie Matthews

# Fuego en la oscuridad

Traducido del inglés por M.<sup>a</sup> del Puerto Barrietabeña Díez

## Contenido

### *La primera semana*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

### *La segunda semana*

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

### *La tercera semana*

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

### *La cuarta semana*

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

### *Agradecimientos*

### *Créditos*

*Para X. T.*

## *La primera semana*

## Capítulo 1

La ciudad me deja sin habla: se extiende al otro lado de las ventanillas del taxi y va pasando como un gigantesco decorado desplegado por un tramoyista invisible. En el interior del taxi hace fresco, estoy tranquila y me siento intocable. Solo soy una observadora. Pero fuera, en el bochorno de una tarde de julio, Londres se mueve con rapidez: los coches invaden todos los carriles y las calles están abarrotadas de gente. Cada vez que un semáforo se pone en verde, un tropel cruza la calle. Hay gente por todas partes: de todo tipo, edad, tamaño y raza. Millones de vidas siguen su curso en este día y en este lugar a una escala sobrecogedora.

*¿Pero qué he hecho?*

Mientras bordeamos una enorme zona verde colonizada por cientos de personas tomando el sol, me pregunto si será Hyde Park. Mi padre me dijo que Hyde Park es más grande que Mónaco. Qué barbaridad. Por pequeño que sea Mónaco... Me estremezco solo de pensarlo y comprendo que estoy asustada. Es curioso, porque no me considero una persona cobarde.

*Cualquiera estaría nervioso, me digo con firmeza, aunque no me sorprende que mi seguridad en mí misma esté bajo mínimos después de todo lo que ha pasado últimamente. Una sensación familiar de náusea me revuelve el estómago, pero la reprimo.*

*Hoy no. Tengo demasiadas cosas en que pensar. Además, ya estoy harta de pensar y de llorar. Por eso mismo estoy aquí.*

—Ya falta poco, señorita —dice una voz de pronto. Caigo en la cuenta de que es la voz del taxista, distorsionada por el intercomunicador. Lo veo mirándome por el retrovisor—. Conozco un buen atajo desde aquí —añade—. No se preocupe por todo este tráfico.

—Gracias —contesto, aunque no esperaba menos de un taxista de Londres; al fin y al cabo, son famosos por conocerse al dedillo las calles de la ciudad, y por eso decidí derrochar mi dinero en un taxi en lugar de pelearme con el metro. No es que mi equipaje sea enorme, pero no me seducía la idea de tener que tirar de él de un vagón a otro y subir escaleras mecánicas con este calor. Me pregunto si el taxista se estará formando un juicio sobre mí, si estará intentando adivinar por qué demonios me dirijo a una dirección tan prestigiosa con lo joven y normal que parezco; una chica con un vestido de flores, una rebeca roja, chanclas y las gafas de sol sobre la cabeza, con el pelo recogido en una coleta descuidada de la que se escapan algunos mechones.

—Es su primera vez en Londres, ¿verdad? —pregunta sonriéndome en el espejo.

—Sí, eso es —contesto. No es del todo cierto. Cuando era pequeña vine unas Navidades con mis padres y recuerdo una imagen borrosa y llena de ruido de tiendas enormes, escaparates muy iluminados y un Papá Noel con unos pantalones de nailon que crujieron cuando me senté en sus rodillas y cuya barba blanca de poliéster me picó en la mejilla. Pero no me apetece embarcarme en una conversación extensa con el taxista; de todos modos, es como si no conociese la ciudad. Al fin y al cabo, es la primera vez que vengo sola.

—¿Ha venido sola? —pregunta, y me hace sentir un poco incómoda, aunque solo intenta ser amable.

—No, voy a quedarme en casa de mi tía —contesto, mintiendo de nuevo.

El taxista, satisfecho, asiente con la cabeza. Nos alejamos del parque y pasamos con una agilidad estudiada entre autobuses y coches, adelantamos como una flecha a ciclistas, doblamos rápidamente las esquinas y cruzamos volando los semáforos en ámbar. Luego abandonamos las transitadas calles principales y nos internamos por vías estrechas flanqueadas por mansiones de ladrillo y piedra con ventanas altas, puertas esmaltadas, lustrosas verjas de hierro negras y jardineras en las ventanas llenas de flores de intensos colores. Se nota que abunda el dinero, no solo en los coches caros aparcados junto a las aceras, sino también en los edificios perfectamente conservados, las aceras limpias, las empleadas del hogar apenas entrevistadas cuando cierran las cortinas para que no entre el sol.

—Pues a su tía no le va nada mal —bromea el taxista mientras doblamos la esquina para entrar en una calle pequeña y luego giramos en otra que lo es aún más—. Vivir aquí no sale barato.

Me río, pero no contesto porque no sé qué decir. A un lado de la calle hay unas antiguas caballerizas convertidas en casas diminutas, pero dolorosamente caras; al otro lado hay un bloque enorme de apartamentos que ocupa casi toda la manzana y tiene al menos seis plantas. A juzgar por su aspecto *art déco*, yo diría que lo construyeron en la década de los treinta; el exterior es gris y está dominado por una grandísima puerta de cristal y madera de nogal. El taxista para justo delante.

—Hemos llegado. Randolph Gardens.

Echo un vistazo y solo veo piedra y asfalto.

—¿Dónde están los jardines? —pregunto sorprendida. La única vegetación visible es la de las cestas de geranios rojos y morados que cuelgan a ambos lados de la puerta de entrada al edificio.

—Alguno habría hace años, digo yo —contesta—. ¿Ha visto las viviendas de las caballerizas? Antes eran establos. Supongo que por aquí cerca habría un par de mansiones.

Las demolerían o les caería alguna bomba encima durante la guerra. —Le dirige una mirada al taxímetro—. Doce libras con setenta, por favor.

Busco a tuestas el bolso y le doy quince libras.

—Quédese el cambio.

Confío en haberle dejado la propina adecuada. Como el taxista no se desmaya de la sorpresa, supongo que he acertado. Espera mientras salgo del taxi, dejo el equipaje sobre la acera y cierro la puerta. Luego realiza una experta maniobra de cambio de sentido en tres movimientos en la calle estrecha y se aleja acelerando para volver al trabajo.

Levanto la vista. Ya estoy aquí. Mi nuevo hogar. Temporalmente, al menos.

Una vez dentro, el portero de pelo blanco me mira inquisitivamente mientras penetro por la puerta jadeando y me acerco al mostrador con mi enorme bolsa de viaje.

—Vengo a quedarme en el apartamento de Celia Reilly —le explico, aguantándome las ganas de secarme el sudor de la frente—. Me dijo que aquí me darían la llave.

—¿Nombre? —pregunta con brusquedad.

—Beth. Bueno, Elizabeth. Elizabeth Villiers.

—Déjeme ver... —Resopla sobre su bigote mientras busca en una carpeta que hay en el mostrador—. Ah, sí. Aquí está. La señorita E. Villiers. Va a ocupar el 514 en ausencia de la señora Reilly. —Me mira fijamente, aunque no con antipatía—. Viene a cuidar de su apartamento, ¿no?

—Sí. Bueno, en realidad vengo a cuidar de su gato. —Le sonrío, pero él no me devuelve la sonrisa.

—Ah, sí. Es verdad, tiene un gato. No entiendo que una criatura como esa quiera pasarse la vida encerrada en una casa, pero en fin... Tome, las llaves —dice empujando un sobre por el mostrador—. Haga el favor de firmar en el registro.

Firmo obedientemente y me explica algunas de las normas del edificio mientras me guía hacia el ascensor. Se ofrece a subirme luego el equipaje, pero le contesto que

prefiero hacerlo yo sola. Al menos así tendré todo lo que necesito. Un minuto después ya estoy en el pequeño ascensor, contemplando el reflejo de mi cara roja y acalorada mientras subo despacio hasta la quinta planta. Ni de lejos tengo un aspecto tan refinado como todo lo que me rodea, pero mi cara en forma de corazón y mis ojos azules y redondos nunca se parecerán a esos rasgos con pómulos marcados que tanto admiro. Y mi pelo, rubio oscuro, suelto y cortado a la altura de los hombros, nunca será la melena brillante y con volumen que siempre he ansiado. Me cuesta mucho domar mi pelo y, como no suelo tener paciencia para eso, me limito a recogérmelo descuidadamente en una coleta.

—No parezco una señora de Mayfair precisamente —digo en voz alta.

Al mirar mi reflejo, veo el efecto de todo lo que me ha sucedido últimamente. Se me nota la cara demacrada, y en mi mirada se percibe una tristeza que parece que no vaya a desaparecer. No sé por qué, pero también me veo algo más baja, como si me hubiese encorvado un poco bajo el peso de mi propia desgracia.

—Sé fuerte —susurro para mis adentros, intentando encontrar la antigua chispa en mis ojos sin brillo. Al fin y al cabo, para eso he venido. No porque esté intentando escapar (aunque también haya algo de eso), sino porque quiero recuperar mi antiguo yo, el que tenía entereza, valor y curiosidad por descubrir el mundo.

*A menos que esa Beth haya sido aniquilada por completo.*

No quiero pensar así, pero me cuesta mucho esfuerzo no hacerlo.

El número 514 está en mitad de un pasillo tranquilo y enmoquetado. La llave se introduce suavemente en la cerradura y un segundo después ya estoy dentro del apartamento. Mi primera impresión es de sorpresa cuando me da la bienvenida un suave ronroneo, seguido por un maullido

agudo y la leve y cálida sensación de pelo rozándome las piernas y un cuerpo serpenteando entre mis pantorrillas que casi me hace tropezar.

—¡Hola, hola! —exclamo. Al mirar hacia abajo, veo una pequeña cara negra con bigotes y un halo de pelo oscuro, aplastado como un cojín sobre el que se hubiese sentado alguien—. Tú debes de ser De Havilland.

Maúlla de nuevo y me enseña unos afilados dientes blancos y una pequeña lengua rosa.

Miro a mi alrededor mientras el gato ronronea como loco, restregándose con fuerza contra mis piernas, muy contento de verme. Estoy en el salón, y salta a la vista que Celia ha sido fiel a la estética de los años treinta del edificio. El suelo tiene baldosas blancas y negras y una alfombra de cachemir en el centro. Hay una consola negra como el azabache debajo de un grandísimo espejo *art déco* flanqueado por unas lámparas de cromo geométricas. Sobre la consola hay una enorme vasija de porcelana blanca con el borde plateado y un jarrón a cada lado. Todo resulta elegante y discretamente hermoso.

No me esperaba otra cosa. Mi padre ha sido insufriblemente impreciso al hablar del apartamento de su madrina, que ha visto en alguna de las escasas ocasiones en que ha visitado Londres, pero por sus palabras siempre me ha dado la impresión de que era tan elegante como la propia Celia. De joven empezó trabajando de modelo, profesión en la que tuvo mucho éxito y ganó mucho dinero, pero luego lo dejó y se convirtió en periodista de moda. Se casó y se divorció, aunque después volvió a casarse y se quedó viuda. No tuvo hijos, y quizá por eso ha conseguido mantenerse tan joven y radiante. Con mi padre ha sido una madrina despreocupada, y ha ido entrando y saliendo de su vida según le apetecía. A veces mi padre se ha pasado años sin saber nada de ella, pero entonces aparecía de la nada cargada de regalos, siempre elegante y vestida a la moda, colmándolo de besos para intentar compensar el

descuido. Recuerdo haberla visto en contadas ocasiones, cuando yo era una tímida niña patizamba vestida con pantalones cortos y camiseta y el pelo hecho un desastre, que no podía ni imaginarse llegar a ser tan elegante y refinada como aquella mujer que tenía delante, con su pelo corto y gris, una ropa increíble y unas joyas magníficas.

*¿Pero qué digo? Ni siquiera ahora puedo imaginarme siendo como ella. Ni por un momento.*

Aun así, aquí estoy, en su apartamento, que ahora es todo mío durante cinco semanas.

La llamada llegó sin previo aviso. No presté atención a la conversación hasta que mi padre colgó el teléfono con cara de desconcierto y me dijo:

—¿Qué te parece pasar una temporada en Londres, Beth? Celia tiene que marcharse, necesita a alguien que cuide de su gato y ha pensado que a ti te vendría bien quedarte en su apartamento.

—¿En su apartamento? —repetí, levantando la vista del libro que estaba leyendo—. ¿Yo?

—Sí. Creo que está en un sitio bastante pijo. Mayfair, Belgravia... algo así. Hace años que no voy por allí. —Fulminó a mi madre con la mirada, levantando las cejas—. Celia se ha ido de retiro a un bosque de Montana durante cinco semanas. Parece que necesita renovarse espiritualmente. Igual que tú.

—Bueno, eso hace que se mantenga joven —contestó mi madre mientras limpiaba la mesa de la cocina—. No todas las personas con setenta y dos años pueden planteárselo. —Se levantó y se quedó mirando con nostalgia la madera recién fregada—. Me parece muy bien, a mí también me encantaría hacer algo así.

Por su mirada se notaba que estaba reflexionando sobre otros caminos que podría haber tomado y otras vidas que desearía haber llevado. A mi padre se le veía con ganas de hacer algún comentario burlón, pero desistió al observar la expresión en su cara: mi madre había renunciado a su ca-

rera al casarse con él y se había dedicado a cuidar de mis hermanos y de mí. Supongo que tenía derecho a soñar.

—¿Qué te parece, Beth? ¿Te interesa? —me preguntó mi padre.

Mi madre me miró y enseguida se lo noté en los ojos. Quería que fuese. Sabía que, dadas las circunstancias, era lo mejor que podía hacer.

—Deberías hacerlo —dijo en voz baja—. Después de lo que ha sucedido, será como pasar página.

Casi me estremecí. No soportaba que me hablasen del tema. Me puse roja de vergüenza.

—No sigas —susurré mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. La herida seguía abierta y en carne viva.

Mis padres se miraron el uno al otro.

—Creo que tu madre tiene razón —dijo mi padre en un tono áspero—. Te vendría bien salir y viajar.

Hacía más de un mes que apenas salía de casa. No soportaba la idea de ver a Adam y a Hannah juntos. Solo de pensarlo, se me revolvió el estómago y me daba vueltas la cabeza, como si fuese a desmayarme.

—Puede ser —contesté en voz baja—. Me lo pensaré.

No tomamos una decisión esa misma noche. Bastante esfuerzo me costaba levantarme por la mañana como para tomar una decisión de ese calibre. Mi seguridad en mí misma estaba hecha unos zorros, y ni siquiera estaba segura de poder tomar la decisión correcta sobre lo que debía almorzar, mucho menos decidir si debía aceptar el ofrecimiento de Celia. Después de todo, había elegido a Adam y había confiado en él, y mira lo mal que me había ido. Al día siguiente mi madre llamó a Celia y hablaron de algunos de los temas prácticos; esa misma noche la llamé yo. Solo de oír su voz fuerte y llena de entusiasmo y de seguridad en sí misma, ya me sentí mejor.

—Me harás un favor, Beth —dijo con firmeza—, pero creo que tú también lo vas a disfrutar. Ha llegado el mo-

mento de que salgas de ese lugar sin porvenir y veas un poco de mundo.

Celia era una mujer independiente que vivía su vida como mejor le parecía, y, si ella pensaba que yo podía hacerlo, es que seguramente podía. Por eso le dije que sí. Y aunque empecé a acobardarme a medida que se iba acercando el momento de irme de casa, planteándome si habría alguna manera de echarme atrás, sabía que tenía que hacerlo. Si era capaz de hacer la maleta e irme sola a una de las ciudades más grandes del mundo, quizá aún había esperanza para mí. Me encantaba el pequeño pueblo de Norfolk donde había vivido toda la vida, pero si lo único que podía hacer era quedarme recluida en casa, incapaz de enfrentarme al exterior por culpa de lo que había hecho Adam, mi única salida era rendirme y alejarme de ese mundo. Además, ¿qué me ataba a aquel lugar? Solo estaba mi trabajo a tiempo parcial en una cafetería, un trabajo que llevaba haciendo desde los quince años y que solo había abandonado el tiempo que estuve fuera, estudiando en la universidad, pero que retomé al volver mientras me planteaba qué hacer con mi vida. ¿Mis padres? No. Ellos no querían verme todo el día en mi habitación, siempre deprimida. Me deseaban algo mejor.

En realidad, había vuelto por Adam. Mis amigos de la universidad estaban viajando por ahí antes de ponerse a trabajar en algo emocionante o irse a vivir a otros países. Les había oído hablar de todas las aventuras que tenían por delante, sabiendo que mi futuro me esperaba en el pueblo. Adam era el centro de mi mundo, el único hombre al que había querido, y no me planteaba nada que no fuese estar con él. Desde que terminó el instituto, Adam había estado trabajando para la empresa de construcción de su padre, de la que algún día esperaba convertirse en propietario, y se contentaba con la idea de vivir durante el resto de su vida en el mismo lugar donde se había criado. Yo no sabía si era eso lo que deseaba, pero lo que sí sabía era que quería

a Adam y que podía aparcar temporalmente mis deseos de viajar y explorar para que pudiésemos estar juntos.

Pero ahora no tenía elección.

De Havilland maúlla entre mis tobillos y me muerde suavemente para recordarme que está ahí.

—Perdona, gatito —digo a modo de disculpa, y dejo la bolsa de viaje en el suelo—. ¿Tienes hambre?

El gato sigue enroscado alrededor de mis piernas mientras intento encontrar la cocina. Abro una puerta que da a un armario y otra que da a un cuarto de baño antes de descubrir por fin una pequeña cocina, larga y estrecha, con los cuencos del gato cuidadosamente colocados debajo de la ventana, en el otro extremo. Están vacíos, y resulta evidente que De Havilland está esperando ansiosamente su siguiente comida. Sobre la pequeña mesa blanca que hay en la otra punta de la cocina, lo bastante grande para que puedan comer dos personas, veo algunos paquetes de pienso para gato y un fajo de papeles. Encima hay una nota escrita a mano con una letra muy grande.

*¡Hola, querida!*

*Ya has llegado. Me alegro. Esta es la comida de De Havilland. Dale de comer dos veces al día, rellenándole el cuenco con su pienso como si estuvieses preparando aperitivos. Qué suerte, ¿eh, De H.? También necesitará agua limpia. Las demás instrucciones útiles están en el fajo de hojas de aquí debajo, pero en realidad no hay normas, querida. Pásatelo bien.*

*Nos vemos dentro de cinco semanas,*

*Besos*

*C.*

Debajo hay páginas mecanografiadas con toda la información necesaria sobre el cajón de arena del gato, el funcionamiento de los electrodomésticos, dónde encontrar el calentador y el botiquín y con quién hablar si tengo algún problema. Parece que con quien tengo que hablar primero